

EL UNIVERSO POLITICO CONTEMPORANEO Y LATINOAMERICA: DE LA GUERRA FRIA A LA PERESTROIKA

Misael Pastrana Borrero

EL UNIVERSO POLITICO CONTEMPORANEO Y LATINOAMERICANO

Con Rafael Angel Calderón, Hernán Garrón, Bernd H. Niehaus, Rolando Laclé, y tantos otros amigos que cordialmente me han invitado a ser partícipe de este diálogo en la Asociación Pro Defensa de la Libertad y la Democracia, hemos coincidido en varios foros en las más diversas latitudes del mundo. En Fidji, la lejana isla del Archipiélago distante del Pacífico Sur, con asistencia de líderes de las grandes potencias del área: Japón, Australia, Nueva Zelanda, para citar algunos y otros de no más de treinta o quince mil habitantes, como Vaniatu, Samoa. En Berlín, esa ciudad de encuentro y distancia entre el occidente capitalista y el este marxista. En Estados Unidos, en momentos estelares de la democracia de esa admirable nación. Como también en mi Patria, donde hace pocos meses participaron, rodeados de aprecio y respeto de mis conciudadanos, en interesante y original simposio sobre las repercusiones en Latinoamérica de la perestroika soviética.

En esas reuniones, hemos confirmado que las ideas no tienen nacionalidad, y que nuestros pueblos tienen que colocarse a tono con una humildad que ha dejado, en los cofres donde se guardan las cosas del pasado, el dogmatismo y con pragmático realismo está afrontando el análisis de los problemas y las propuestas de alternativas para cumplir el tránsito del milenio que ya está a la vuelta de la esquina.

Por ello, quienes tenemos alguna responsabilidad de dirigencia en nuestros res-

pectivos países, debemos entrar sin timideces a establecer el intercambio de conceptos políticos, pues, como bien lo enseña la experiencia, y Europa es ejemplo, la integración de los pueblos, sin el personal contacto en los diferentes niveles de los estados, no pasa a ser una abstracción geográfica sin savia vivificante.

Con el Partido Unidad Social Cristiana a mi Partido, el Social Conservador, nos identifica el epíteto "Social", que, por decisión de los órganos de mi colectividad le fue agregado al "Conservador" que nos es propio desde hace 140 años, pues como bien dijera Fray Luis de León: "...el fin de los hombres es, que por medio de ellos, las cosas cuyo nombre son, estén en nosotros", y como expresara, recordando hace unos días al filósofo francés Sartre, en la cita a la que convocara a los 450 alcaldes, mandatarios del pueblo de mi partido, es necesario "colocar la idea en el tiempo", y los partidos, sin el ingrediente social, en la época contemporánea, son "estatuas de un templo vacío".

CIUDADANOS DE AMERICA LATINA

Todas estas consideraciones son las que nos llevaron a la reflexión compartida de que, no obstante la marginalidad de las naciones latinoamericanas en el tablero de las decisiones mundiales, no podemos resignarnos a ser ciudadanos solamente de nuestros países, sino que esa carta de ciu-

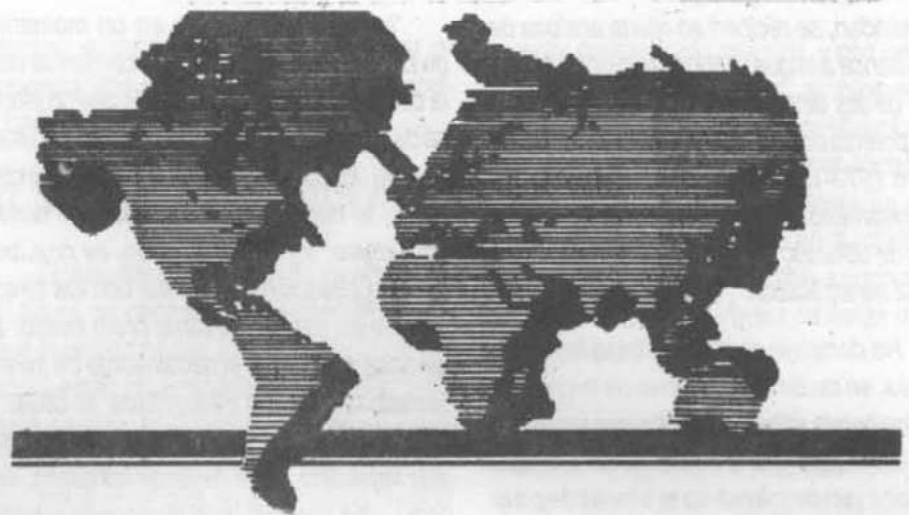
dadanía tiene que extenderse a toda la América Latina, y, aún, ser documento de presentación en toda la comunidad internacional. Lo que, a su vez, tiene que conducir a que el debate de las alternativas políticas, como es obvio, sea planteado en el marco de nuestras inquietudes nacionales, pero, simultáneamente, dentro del cuadro ampliado de los temas que tienen vigencia en el ámbito universal.

Es forzoso tener presente que las nuevas tecnologías han acercado las distancias por la velocidad del transporte y la revolución informática y la de las comunicaciones electrónicas. Somos unidades de un mundo interdependiente e intercomunicado, un mundo en simbiosis. Bien se ha anotado que la mente humana cambió la concepción de las dimensiones del planeta tierra, desde el momento mismo que el ser humano lo contempló desde el espacio infinito y captó en una simple placa fotográfica sus auténticos contornos. En menos de un cuarto de centuria se ha cambiado más la configuración de la geografía del globo que en todos los años antes transcurridos.

Hay una especie de sino fatal para los países pobres, sin que al afirmarlo sea nuestro propósito golpearlos contra el muro de las lamentaciones, y es que los impactos que sufren son no pocas veces tan adversos en las etapas de crisis como de la prosperidad universal, en casos con efectos a corto plazo, y en otros más distantes. Cito algunos ejemplos. La Segunda Guerra implicó para ellos, con la excepción de la mejora de unos

pocos productos primarios, un período de incertidumbre económica y una parálisis de importaciones de artículos que requerían para su incipiente industrialización. Vinieron luego los años inmediatos de la posguerra con la imperialista expansión del poder soviético, fruto de las concesiones de Occidente en Yalta, que le abrió el camino a Stalin para dar vigencia al sueño de los Zares de la extensión de sus fronteras en Europa. En efecto, comenzaron a desgranarse las democracias de manera sucesiva; por un lado, las ocupadas por los ejércitos soviéticos, caso de Polonia y Alemania Oriental, y otras por sorpresivos golpes de mano, como fue el caso de Checoslovaquia. La frase de Marx hace un siglo, de que "un fantasma se paseaba por Europa: el comunismo", tomaba realidad. Ante esa creciente amenaza, Estados Unidos concentró todo su esfuerzo económico en la reconstrucción del Viejo Mundo, para evitar su desplome final en una ideología que la miseria colectiva veía como tabla de salvación. Con esa mirada colocada a distancia, el mundo latinoamericano pasó a un plano de muy segundo orden, en los precisos momentos en que había despertado la confianza de que sus anhelos serían atendidos por la nación amiga, entonces en el cénit de su preeminencia.

Con el triunfo de Fidel Castro, se habló de Marx por primera vez en español. Y, también, por primera vez, Estados Unidos salió de su letargo e indiferencia en relación a Latinoamérica, y comenzó a comprender que, en sus mismas fronteras, podía darse el comienzo del conflicto, que al prolongarse en el espacio, como lo vaticinara el Che Guevara, podía transformar la Cordillera Andina en una extensa Sierra Maestra. Con visión, Kennedy diseñó la Alianza para el Progreso, y aunque las sumas de ayuda fueron modestas para la inmensidad del problema que buscaba resolver, el Continente se sintió atendido. Pero, en último término, lo que se acentuó fue el fuego cruzado que no ha terminado, entre una guerrilla estimulada desde Moscú, y Estados Unidos luchando a la defensiva para que las corrientes expansionistas, que como dije antes, tuvieron su cu-



na en Yalta, no borraron los ideales democráticos en Latinoamérica.

¿GUERRA FRIA O GUERRILLA CALIENTE?

Como consecuencia de dicha situación, de pronto la guerra fría se recalentó en nuestro hemisferio, con una comedia de complejas equivocaciones, como ahora ha trascendido en virtud de las infidencias de la reunión que los protagonistas del episodio de hace un cuarto de siglo de los cohetes soviéticos en suelo cubano celebraron en Moscú. Afortunadamente, sólo después de transcurridos estos años, se ha conocido que las cabezas nucleares ya estaban instaladas, y que, por lo tanto no sólo nuestro Continente sino el mundo estaba columpiándose en el abismo nuclear.

Mao lanza el mensaje cautivante para las masas insatisfechas de que el camino está "en la boca del fusil", y el incendio se extiende por todo el Continente Asiático: El Sudeste, Birmania, Malasia, Filipinas. Se desata la guerra de Corea, y también el supremo líder de China expresa con optimismo que "los vientos del Este son los que soplan en el Oeste". A contragolpe Estados Unidos coloca hacia esa región su acción y su ayuda, lo que como una ley de gravedad inexorable lo lleva a la intervención en Vietnam y a la pri-

mera derrota en los 200 años de su existir republicano. Debe reconocer que, no obstante la magnitud de ese insuceso, cuando en mis recientes visitas al Asia contemplé esos llamados "tigres" de la economía, cuyos territorios había visitado hace quince años, devastados y en pobreza: Taiwan, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong y ahora Malasia y Tailandia, me pregunto: ¿Puede calificarse como guerra perdida, cuando la anunciada teoría del dominó, que se afirmaba con temor no se verificó y, en cambio, el área está en paz y sus instituciones fortalecidas? ¿Y cuando la China Continental ha pasado a ser nación amiga? Es positivo balance que es dable registrar retrospectivamente, con el transcurso del tiempo. Pero en ese Continente, también fueron los países pobres los que sufrieron el impacto de la contienda de la preeminencia de las superpotencias. Latinoamérica, una vez más, fue durante esta largo período la gran ausente de las preocupaciones de los centros de poder considerados como amigos.

LA HORA DE LAS ILUSIONES

Estallan en 1972 y 1979, los dos llamados "shocks" del petróleo. Algunos países en atraso, productores del crudo, se encuentran de frente a una intempestiva bonanza; otros se empobrecen por el encarecimiento de esa materia prima esencial para todos los campos de acción de sus economías. Se dá comienzo a la hora mágica de las ilusiones. Los créditos externos ya no se

demandan, se reciben en oferta ansiosa de una banca a la que le pringa la mano de liquidez de los dineros en ella depositados por los potentados de la OPEP. En diez años, entre 1973-1983, los préstamos externos a Latinoamérica saltaron de 35 a 350 mil millones de dólares. En el corto lapso de 1979 a 1982 se triplicaron.

No demoran en manifestarse las vacas flacas, en razón del descenso de los precios de los combustibles, y los países productores montados sobre la cresta de los altos precios ven desplomarse sus tasas de crecimiento por la pérdida de ingresos. Los países pobres no productores, que podrían ser los beneficiarios del nuevo ciclo, comienzan a sentir el duro reflejo de su anterior endeudamiento, convertido en carga todavía más onerosa por la simultaneidad de la caída de los precios de los productores primarios, el cerrarse las llaves de los créditos de fuera, y la acelerada alza de los intereses por la unilateral manipulación de los acreedores.

Latinoamérica ha padecido un verdadero desangre. Las cifras por sí mismas son suficientes radiografías de la injusticia soportada. Países con una población en aumento en número y demandas con tensiones manifestadas en delito, violencia, guerrilla organizada, con los precios de sus artículos exportables deteriorados, con términos de intercambio desfavorables, sintieron en su cuerpo social y político los impactos de lo que recientemente en simposio internacional calificué como "la más grande iniquidad y la más grande ingenuidad". "Iniquidad", porque no es posible que con mano dura y toda clase de amenazas y presiones se haya impuesto pagar a Latinoamérica en sólo cinco años, 1982-1987, cerca de 145 mil millones de dólares por concepto de intereses únicamente, y que la deuda contraída lejos de disminuir crezca como la piel de zapa de la novela de Balzac, pues en el comienzo de la crisis, al decretarse la moratoria por parte del gobierno mexicano, ascendía a 320 mil millones de dólares, hoy supera los 430 millones, no obstante que los préstamos han sido virtualmente nulos durante tal período.

"Ingenuidad", porque en un momento de Latinoamérica que, en concordancia con la célebre frase de Galbraith de que "cuando se debe en exceso se encuentra éste en manos del deudor", lejos de usar recursos indebidos, se dejaron aplicar la frase de "dividir para reinar" y a los siete años, es protuberante la situación de anemia con los síntomas de un producto interno bruto inferior al de hace diez años, el decaimiento de inversiones, la inflación desbordada, el desempleo en aumento, y un ritmo de crecimiento que implicaría, en el mejor de los casos, setenta años para doblar el menguado ingreso per cápita presente. De mantenerse esta situación en el contexto universal es sombrío, diría sin salida del túnel, el mañana de Latinoamérica. Cito de nuevo a Galbraith, quien recientemente consignara con acento de protesta: "Nunca en un tiempo tan corto se habían empobrecido tanto unos países y enriquecido, a costa de ellos, otros".

UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

Contraste que es una manera de mirarse en un espejo cóncavo. Mientras los países acreedores se consagraron en el llamado Club de París, buscando obtener de la crisis las mayores ventajas para sus intereses comprometidos, los gobiernos latinoamericanos, con espíritu timorato, y bastante egoísta, creyendo cada uno lograr de manera aislada el máximo beneficio, perdieron la oportunidad del frente unido, con lo que, en esa hora de perplejidad de los acreedores, hubieran forzado una respuesta positiva.

Actitud que se mantiene, no obstante que nuestros gobernantes vean deshacerse ante sus ojos estado y sociedad. El comunicado final de la reunión del llamado Grupo de los Ocho, en Punta del Este, a finales del pasado año, no pudo ser más decepcionante y melancólico. Al trato injusto de la banca comercial internacional, y a las inconsecuencias del Fondo Monetario, regulando nuestras economías en la retorta instalada

en sus oficinas de Washington, lejos de las realidades sociales de nuestros pueblos, se ha agregado, por consiguiente, la indecisión de nuestros gobiernos, que tienen, por tanto, alto lote de responsabilidad en el estallido, cada vez más intenso y generalizado, del volcán de la deuda y sus repercusiones en revuelta social.

Muchos serían los ejemplos que cabría mencionar de esa situación que ya nadie duda tiene sus raíces en la deuda externa. Brasil va camino de regresar al populismo y entrar de nuevo al vicioso círculo del pasado bastante reciente. Argentina contempla, en medio de conflictos que parecían superados, las orejas del lobo del peronismo en retorno. México ha entrado en una etapa de fragilidad institucional, después de sesenta años de la aparente cohesión piramidal del partido único. Venezuela el Rey de Midas del Continente, acaba de sufrir, con cuantioso tributo de vidas y de bienes, una verdadera revolución de sus masas, que no aceptan tener que pagar con enormes sacrificios de consumos esenciales y el encogimiento de sus ya precarias condiciones de vida, la deuda que por muchos años acumularon sucesivos gobiernos, colocada en las arcas públicas por la codicia de la banca internacional.

Si no queremos ver a nuestro Continente disperso, en ceniza, no hay que dejar para mañana lo que podemos hacer hoy. Hay que actuar pronto, demandarle a los gobiernos que archiven las dilaciones. No pueden nuestras naciones seguir destinando más del 60% de sus ingresos de divisas y una alta proporción de su producto interno para atender los compromisos de la deuda, mientras un elevado porcentaje de sus pobladores se debaten en las más absolutas privaciones. "Ningún gobierno puede moralmente demandar a su pueblo privaciones incompatibles con la dignidad humana", consignó la Comisión de Justicia y Paz del Vaticano. El peso de la deuda ha dejado de ser un problema financiero, no es ni siquiera político o social, es un problema de alcances éticos. Es más peligrosa la deuda que la subversión.

La afirmación de que somos una nave espacial no es una frase retórica, sino expresión de la realidad contemporánea, fruto de la revolución de las comunicaciones y el transporte. Ante un mundo que se ha recordado en las distancias es imperioso para las naciones la búsqueda de la integración. Las voces aisladas ya no se escuchan. El Mercado Común Europeo, sueño al parecer imposible para países cuya constante habían sido las guerras, las disputas territoriales, las luchas por las hegemonías imperiales, será una realidad en 1992 con un mercado plenamente integrado en lo interno y solidariamente proyectado hacia lo externo. Estados Unidos y Canadá, saltando este último por encima de resistencias de diversos sectores de opinión, han puesto en marcha la configuración de una unidad económica, y aunque suene a herejía, si se recuerda la frase de Porfirio Díaz: "Pobre México tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos", es posible que, por fin, los dos mil kilómetros de frontera no lo mantengan como el "vecino distante", sino que lo incorporen a ese proceso.

Estados Unidos ha pasado de ser la primera nación acreedora a primera nación deudora, y el Japón de su postración de la derrota a ocupar el puesto de primera nación acreedora. Ha logrado, en lo económico, el puesto de vanguardia que los Samurái persiguieron en lo político, por siglos, con sus espadas. En 1987 sus inversiones directas por fuera alcanzaron la cifra de 37 billones de dólares, la mayoría en Estados Unidos. Gobierno e inversionistas japoneses son los mayores compradores de bonos del Tesoro americano. Finalmente ha tomado conciencia de su importante papel en una política económica global, y su presencia en el Banco Mundial y el Fondo Monetario será, en el futuro, casi determinante. En la Conferencia de los Siete de Venecia, el Primer Ministro Nakasone ofreció a Reagan reciclar hacia los países pobres 20 billones de dólares en el transcurso de tres años. No se ha cumplido, pero es el inicio de una intención de ayuda al Tercer Mundo. El Japón es un nuevo polo hacia el que Latinoamérica tiene que

colocar su mirada, pues es un mercado de bienes y una fuente financiera de insospechadas posibilidades.

EL DESAFIO DE LA PERESTROIKA

El gran desafío de la Unión Soviética, en el futuro, se centrará en lo económico, porque la verdad es que si el glasnot y la perestroika están encaminadas "para salvar y no para cambiar el sistema", este no se salva con el dogmatismo, sino con la influencia que tenga en el campo de la competitividad económica, de lo que depende virtualmente que la Europa Oriental no salte en pedazos. Los países satélites, conscientes de que han perdido la carrera del progreso, tienen afán de recobrar el tiempo perdido.

Samuel Huntington, Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard, en la edición de *Foreign Affairs* del último trimestre del pasado año, sostiene que aunque no cree en el declinar del imperio norteamericano, porque este ha demostrado, en las pasadas décadas, ser tres veces Ave Fénix que se levanta de las cenizas: cuando el shock del petróleo; y con Vietnam y Watergate con su traumatismo en el ámbito de su prestigio e instituciones, si ese declinar sucediera, la preeminencia mundial no pasaría a Rusia, que ya demostró sus debilidades, ni al Japón que carece de una estructura humanista, sino que regresaría a la Europa Occidental.

Si ya nuestra voz carece actualmente de audiencia en los escenarios del orbe, al convertirse en realidad actuante esos cuatro nuevos bloques comerciales, ella a lo sumo será imperceptible murmullo. Si las inversiones de capital extranjero han sido mínimas a lo largo de esta década, excepto para aquellas explotaciones de materias primas que necesitan los países industrializados, en los años que siguen se concentrarán en esos grandes mercados potenciales. Con las exportaciones de cada país de los que forman

nuestra constelación regional, y con los pequeños mercados internos, terminaremos en la maraña de más miseria y asfixiados en el proteccionismo de las tenazas encontradas de esos nuevos superpoderes. La integración ha dejado de ser una abstracción de estudiosos, para ser ineludible exigencia si queremos liberarnos de las cadenas de la dependencia y el subdesarrollo.

Sería estar en Babia, ese lugar en que se dice se refugiaban con escapismo los reyes de España para aislarse de las angustias que los circundaban, el pretender hacer el diagnóstico y proyectar el mañana de Latinoamérica, sin tener en cuenta la perestroika y el glasnost soviéticos, o sea, la clarificación de propósitos y la reestructuración de su política, tanto en lo interno como en lo internacional. No se trata de evaluar un ensayo colocado en la franja de las cosas que se anuncian y no se hacen, pues, con el paso del tiempo, ha quedado demostrado que es un proceso de tal dinámica que aún pareciera desbordar los alcances de las concepciones iniciales.

Lo cierto es que Gorbachov, movido por el insuceso a la vista de la economía de su nación, que no obstante ser una de las primeras potencias militares del Orbe y estar a la vanguardia en la conquista del espacio, comprendió que su pueblo, parodiando a Napoleón, no podía descansar sentado en los fusiles, ni contemplando complacido y orgulloso la aventura espacial, mientras no le era dable, al estado centralizado y potente, atender demandas mínimas de la población. Entendió que el manejo excluyente de la economía por el estado cabía en las revoluciones agrícola e industrial, pero no en la tecnológica y científica, en las que la iniciativa privada es la fuerza motriz.

Inicialmente, el planteamiento del supremo dirigente soviético se refería al ámbito exclusivamente económico, implicaba un "aggiornamento", en esa esfera, de la ideología del marxismo-leninismo.

Es apenas obvio que, cambiada la es-

estructura de la economía centralizada, ello se refleja en lo político. Sin economía centralizada, se desvanece el poder absoluto. El Premio Nobel Sajarov, recientemente, expresó el temor de que Gorbachov sea descabezado por los intereses convergentes de la burocracia, los detentadores del partido y el ejército. Puede que cambie el hombre frente de los destinos de su "madre patria"; pero muy difícilmente, la revolución pacífica a la que dio inicio, porque la historia enseña que es difícil que un pueblo retorne al despotismo después de haber saboreado en algo las libertades.

Clausewitz, en frase que se menciona de manera constante, consignó que "la guerra era la continuación de la política con otras formas". Esa sentencia se ha cumplido con la llamada "guerra fría", en que la búsqueda de la preeminencia por las superpotencias ante la contención por ambas de un enfrentamiento directo, por el temor recíproco del holocausto nuclear, desplazó esa confrontación a las guerras periféricas.

Con una frase de que "no hay movimiento revolucionario sin una teoría revolucionaria" dio Gorbachov virtual sepultura a los conflictos regionales y, con ellos, a la guerra fría. La teoría revolucionaria carece de vigencia con el acercamiento de los dos poderes antes en pugna. Y que esas guerras dependían de las superpotencias lo confirma el hecho de que en el corto período de dos años, se han venido extinguiendo como "lamentas al viento". En junio del pasado año, en reunión que celebramos en Moscú 28 antiguos Jefes de Estado y de Gobierno de las diversas latitudes del globo, escuché de labios de Andrei Gromyko, todavía jefe del Soviet y lo cito textualmente: "Hay que acabar con las guerras locales, se dice que son de bajo perfil pero no es lo mismo perder la vida en una guerra de bajo perfil?"

El hecho cierto de que, en forma casi mágica han ido desapareciendo ese conjunto de guerras extendidas en todos los rincones de la geografía mundial. Irán e Irak, sobre millones de muertos de absurda guerra

fraticida, pactaron la paz. Lo mismo Marruecos y el Polisario. Lo que parecía increíble, el acuerdo entre Angola, personero de los pueblos negros del Africa y Suráfrica, el epicentro del apartheid, hizo cesar el fuego. Ha ocurrido un bajar de guardia entre Israel y la OLP. Vietnam, presionado también por China comienza a abandonar Camboya. A ello se suma, contra la arrogante tesis de Krushchev que cuando el comunismo asume el poder, el fenómeno es irreversible, que las tropas en derrota cruzan de regreso su propia frontera dejando expósito el gobierno amigo de Afganistán.

No podía nuestro Continente quedar marginado de esta tendencia, no obstante que a nuestro suelo los aires cambiantes lle-



Mijail Gorbachov impulsador del glasnot y la perestroika, encaminados a salvar y cambiar el sistema soviético.

gan siempre con retraso. Era absurdo que nuestro hemisferio sur adoptara actitud similar a la del soldado japonés, a quien después de 30 años de la rendición de su Emperador, se le encontró con el fusil, sin rendirse, en las selvas de Malasia. Se ha abierto paso esa paz que se concibiera hace seis años en Contadora, iniciativa a la que, luego en Esquipulas dieron nuevo vigor los cinco mandatarios centroamericanos y que, cuando se acababa ese rescoldo de positivas expectativas, el Presidente Arias, con visión y decisión, la volvió a encender.

PAZ HECHA EN LATINOAMERICA

La paz, en las otras áreas, ha sido una paz inducida, acordada, impuesta por las superpotencias. La que ahora se vislumbra en esta zona, por tantos años convulsionada, es una paz "hecha en Latinoamérica", tiene nuestra impronta. El mismo Secretario de Estado, Jim Baker, dijo que lo había tomado de sorpresa. En un mundo, que ya anticipó el tránsito del milenio, no era posible cometer la insensatez de conflictos fraticidas de dimensiones y empeños absurdos.

Siempre he creído, con fe esperanzada, que esa actitud se extiende a los conflictos internos, y es lo que me ha movido en mi patria a buscar con tenaz perseverancia los caminos de la reconciliación nacional y, aunque pueda pecar de optimismo, personalmente contemplo una ceja de luz.

LA CALDERA CENTROAMERICANA

Desde los comienzos del siglo XX, el subcontinente centroamericano comenzó a servir de escenario a constantes intervenciones estadounidenses en asuntos internos de varias de las naciones que lo componen. Sin embargo, pese a la situación geográfica de la región, durante mucho tiempo Washington le acordó una atención mucho menor a las que despectivamente calificaba de "repúblicas bananeras" que al Cercano Oriente, a Europa Occidental o al Sureste Asiático.

Pero, en las últimas dos décadas, la situación geopolítica centroamericana se ha visto fuertemente sacudida, en parte a consecuencia de la revolución cubana. El área pasó a ocupar lugar preferencial en la agenda de preocupaciones políticas de Washington y, también, por razones opuestas, en la de la Unión Soviética.

Como lo anotaría en 1984, el informe de la Comisión Kissinger, "la aptitud de los Estados Unidos para mantener una balanza de poder tolerable en el escenario mundial, a un costo manejable, depende de la seguridad inherente a sus fronteras terrestres". Los estrategas soviéticos, por su parte, desde 1967 venían estudiando la situación, como se desprende de una publicación oficial moscovita de aquel año, en la que resaltan que "en términos estratégicos, el Caribe es una especie de región mediterránea de cuya estabilidad depende la libertad de acción de Estados Unidos en otras partes del planeta".

Los canales políticos democráticos, en la mayoría de los países de la región estaban bloqueados y ello imposibilita toda reforma económica y social. A consecuencia de ello, movimientos izquierdistas armados, frecuentemente manipulados desde La Habana, comenzaron a manifestarse, principalmente en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Este fermento revolucionario sólo despertó verdaderamente la atención de Estados Unidos en 1979, con la caída de Somoza y el recrudecimiento de la actividad subversiva en El Salvador. Se dieron cuenta entonces, de que las revoluciones centroamericanas representaban una amenaza para los intereses y la seguridad de Estados Unidos en la medida en que estaban ligados los objetivos estratégicos soviéticos.

Por otra parte, la agitación centroamericana ofreció a Moscú una oportunidad inesperada de causar problemas a la superpotencia rival en una zona que, hasta entonces, ellos se habían resignado a considerar como "patio de atrás" del país del norte, espacio vedado, dentro de sus mutuas y táci-

tas reglas de juego, como lo eran Polonia o Afganistán para Washington. A partir de ese momento aprovechando, además, la precipitación sandinista para caer en sus brazos y en los de Fidel Castro, los soviéticos suministraron ayuda económica, técnica y logística tanto a la Junta nicaragüense como a la guerrilla salvadoreña, casi siempre por intermedio de La Habana. Y, desde 1981, cuando Ronald Reagan llegó a la Casa Blanca, no escatimó esfuerzos ni dinero para ayudar a los contrarrevolucionarios de Nicaragua y al ejército salvadoreño. Así, mientras los centroamericanos suministraban el terreno y las víctimas, las superpotencias arreglaban sus cuentas por intermedio de ellos.

Los soviéticos, desde antes de la llegada de Mijail Gorbachov al Kremlin, habían presionado a los Estados Unidos para que el problema centroamericano se resolviera en el marco de las relaciones entre Washington y Moscú y ofrecían, como contraparte de la buena voluntad de Estados Unidos para ello, la de la soviética en Afganistán. Ninguna de las dos superpotencias tomaba en consideración ni la No Intervención, ni el derecho de los pueblos a disponer libremente de sus propios destinos. Se trataba, para ellos, ni más ni menos, que de una partida de ajedrez entre dos grandes, cuyos peones eran pequeñas naciones.

La instauración de la perestroika por Gorbachov y la voluntad expresada por éste de restringir el intervencionismo y expansionismo soviéticos, aún cuando los motivos alegados fueran más económicos que ideológicos, ya manifestada y comparada en Afganistán, así como el final de la era de Reagan en Washington, han abierto nuevas perspectivas optimistas para Centroamérica. Moscú, a corto o mediano plazo, se desembarazaría del lastre centroamericano, sin hacer mayor caso de la intransigencia que puedan manifestar los sandinistas o Fidel Castro. Adeptos de la "realpolitik", los rusos saben que, al fin y al cabo tanto en Ma-

nagua como en La Habana tendrán que ceder, para no desaparecer como les está ocurriendo a sus camaradas de Kabul. Pero ello requiere como contraprestación que el Presidente George Bush se muestre más flexible que su antecesor, en esta materia.

Eso no se hará de la noche a la mañana. Pero para acelerar el proceso e imponer una paz "hecha en Latinoamérica" las democracias del hemisferio, principalmente los integrantes del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo, deberían interponer sus buenos oficios haciendo que lo convenido o propuesto en Contadora y Esquipulas se convierta en realidad concreta. Así pasaría Centroamérica de las convulsiones de la guerra fría a la perestroika.

Me acompaña, eso sí, el temor de que terminada la subversión que pudiéramos llamar formal, se abran las compuertas de un terrorismo superstite. Lenin expresó "que es instrumento de la revolución y un arma más de la lucha de clases". Es método malsano que además del objetivo de desestabilizar los estados persigue el "crear terror en las mentes de las personas y el público en general", como lo consagra la Convención de Ginebra de 1937. Debemos propugnar por la debida aplicación del conjunto de tratados que lo condenan, y fortalecer los que rigen en el cuadro regional. Es un momento propicio, porque es posible que carezca en el futuro inmediato de asistencia y financiación de fuera.

LA MUERTE DEL COMUNISMO

Leí en estos días, un magnífico ensayo del señor Brzezinski, quien fuera consejero de seguridad del Presidente Carter, y que es capítulo de un libro próximo aparecer con el sugestivo título: "El Gran Fracaso: Nacimiento y Muerte del Comunismo en el Siglo XX". En ese escrito, consigna estas palabras, que bien pueden servir de referencia en el análisis de la Perestroika y Latinoamérica que tanto nos ha inquietado:

"La verdadera cuestión para el futuro de la Unión Soviética -dice el autor- no es si

Gorbachov tiene éxito o fracasa en sus intentos de revitalizar la economía soviética y el estado. La verdadera cuestión es si el comunismo soviético está evolucionando hacia un estado permisivo o innovativo, o si está decayendo y fragmentándose. De ello depende, no solo la muerte de la Unión Soviética como superpotencia sino también del comunismo alrededor del mundo".

Dentro de ese contexto bien vale mencionar lo que Gorbachov consignara en su libro *Perestroika*, porque entre líneas cancela todo el dogmatismo que alimentó a su partido desde la revolución de octubre de 1917. Dice: "Ninguna sociedad que se respete puede permitir la anarquía, una libertad para todas, o el caos.

Democracia implica ley y orden a la más estricta observancia de las leyes por las autoridades y las organizaciones, como también por los ciudadanos".

El sueño por cumplir no es fácil, porque además ha aflorado el problema que estaba sedimentado, de las nacionalidades; si se descentraliza la economía hay que descentralizar el sistema político y bien puede quedar resquebrajada la unidad nacional concentrada en Moscú. La verdad es que se abrió la Caja de Pandora y ya no se puede volver a organizar su contenido. La democracia, como los cambios, encierra riesgos porque es liberar sentimientos represados y ambiciones reprimidas.

Cito de nuevo a Brzezinski: "En todo caso, somos testigos de un monumental proceso histórico: el diluirse y la final agonía que ha generado al mundo el más sangriento y costoso experimento social. El fracaso masivo de los medios con que el comunismo

dominó mucha parte de nuestra centuria, aparece ahora muy difícil de sobrevivir".

Vivimos en la "penúltima moda", dijo hace años un político colombiano. No la vivimos quedándonos anclados en la pretensión de extremistas que lo que se entierra en otras partes es la solución para nuestros pueblos, o en la de otros, los que montan la política gritando el "lobo" del comunismo que es amenaza que se ha alejado. Tenemos que formular nuestra perestroika y nuestro glasnost, reflexionando que es en nosotros; donde está nuestra solución; pero ello demanda, ante todo, incorporar en libertad y en igualdades a nuestras masas marginadas, muchas de ellas cautivadas en el pasado por un señuelo que resultó frustrante, pero que no por haber perdido su fulgor, podemos dejar de pensar y actuar para mejorar su suerte.

LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Parte esencial de los documentos firmados en Contadora, en Esquipulas y del Plan Arias, es lo relacionado con el respeto a los derechos humanos, tantas veces violados o vulnerados durante esos conflictivos años. Sin respeto a los derechos humanos, no hay, no puede haber una verdadera democracia. ¿Y dónde más apropiado que en la democracia por antonomasia de Costa Rica, remanso de paz en esta turbulenta región, para hablar de los derechos humanos y de su respeto? Pero con esa nueva dimensión universal que cobije también los derechos económicos, sociales y culturales, que sin duda responde a las angustias y exigencias de los sectores más necesitados de la sociedad latinoamericana.

Aquí en esta República que sirve de sede a la Corte Interamericana de Derechos Humanos, aquí en San José, donde se aprobó el Pacto que lleva el nombre de esta noble capital, la Convención Americana sobre Derechos Humanos, que nos rige a todos cuantos vivimos en este continente. Enaltecido país, honrado con el Premio Nobel en la persona de su actual Presidente, Oscar Arias, por sus indeclinables esfuerzos por la consolidación de la paz, nación amable, abierta a todos, cuya hospitalidad me honra hoy.

COSTA RICA POTENCIA MORAL

Hace pocos meses mi amigo Carlos A. Serrano me hizo personal entrega del libro que escribiera, en homenaje a sus antepasados, respecto a la presencia de mis compatriotas en Costa Rica. En una de sus páginas recoge el epitafio de un Uribe, apellido de raíces fecundas en la historia múltiple de Colombia: "Tuvo dos patrias", es esta inscripción en lápida en que está la síntesis que han sentido, y seguimos sintiendo, los colombianos al encontrar el cálido ambiente de este suelo grato y amigo.

Uno de los más ilustres Fundadores de la Unión Americana, refiriéndose a su nación, expresó que era "Una Ciudad en una Colina". No se necesita ser de territorio extenso o de pobladores numerosos para estar en esa colina desde donde se mira la llanura y es mirada desde la llanura. Costa Rica lo está en el concierto de las naciones de América y del Orbe, por ser una potencia moral.

San José de Costa Rica

Marzo 13 de 1989